



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 21 al 27 de abril de 2019. (DOMINGO DE PASCUA)

“No busquen entre los muertos al que vive”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Hech 10,34a-37-43: “Nosotros hemos comido y bebido con él después de la Resurrección”

Salmo: 117,1-2.16-17.22-23: “Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo”

2ª Lectura: Col 3,1-4: “Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo”

Evangelio: Jn 20,1-9: “Él debía resucitar de entre los muertos”

Monición: Así como la Eucaristía es llamada “el Sacramento de los sacramentos”, la Pascua es “la Fiesta de las fiestas”, “la Solemnidad de las solemnidades”, “el gran domingo” (San Atanasio).

La Resurrección de Cristo, su victoria definitiva sobre la muerte, además de ser la razón de nuestra fe y esperanza cristiana, es el suceso más esperanzador para toda la raza humana.

Por eso el Tiempo Litúrgico de la Pascua, que comprende cincuenta días desde la Resurrección, precisamente hasta la Fiesta de Pentecostés, debe de ser vivido (lo enseña la Iglesia Católica, reproducimos la cita textual): “*con gran alegría y júbilo, como si se tratara de un solo y único día festivo, como un ‘gran domingo’.*” (Normas universales sobre el Calendario [1969] N° 22).

Es por eso que en la Pascua no se ayuna; pues estamos de fiesta y “el novio está entre nosotros” (Cfr. Mc 2,19)

María Magdalena, la que mucho amó porque se le perdonó mucho, es la primera en ir al sepulcro, en descubrir y transmitir la noticia de que Cristo no está donde, se supone, debiera estar.

Allá corren Juan y Pedro, allí entran, Pedro y Juan. Comienzan a entender que Él “debía” resucitar.

Jesucristo, con su Resurrección gloriosa, nos ha abierto las puertas del Paraíso, y para poder entrar por ellas, tendremos que esforzarnos en adquirir mucha humildad y una gran santidad de vida.

Que la alegría del gozo Pascual nos impulse a vivir una nueva vida, siempre renovada, diariamente construida con la asistencia del Santo Espíritu y la maternal ayuda de María.

Del Santo Evangelio Según San Juan (Jn 20,1-9)

+++ Gloria a Ti, Señor.

El primer día después del sábado, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, y vio que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro había sido removida. Fue corriendo en busca de Simón Pedro y del otro discípulo a quien Jesús amaba y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.”

Pedro y el otro discípulo salieron para el sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más que Pedro y llegó primero al sepulcro. Como se inclinara, vio los lienzos tumbados, pero no entró. Pedro llegó detrás, entró en el sepulcro y vio también los lienzos tumbados. El sudario con que le habían cubierto la cabeza no se había caído como los lienzos, sino que se mantenía enrollado en su lugar. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero, vio y creyó.

Pues no habían entendido todavía la Escritura: ¡Él “debía” resucitar de entre los muertos!

Palabra del Señor / Gloria a ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

En el Evangelio de este Domingo de Resurrección vimos que fue “la Magdalena” la que no pudo esperar, ni siquiera a que saliera el sol, para ir a la tumba de su Maestro: “*fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro*”, nos dice San Juan...

Sabemos que ella no habría podido ir el día anterior porque era sábado, y los sábados, hasta hoy en día, los judíos religiosos no pueden hacer prácticamente nada, respetando la Ley. De tal suerte que María Magdalena acudió al sepulcro apenas le había sido posible, después de la sepultura realizada la tarde del viernes, con la ayuda de Nicodemo y José de Arimatea.

Era esa desesperación de volver a ver a Jesús, ese deseo incontenible de estar, aunque sólo fuese al lado del “*cadáver*” de su Señor, lo que había movilizado a María. Hasta podríamos intuir que ella no durmió la noche anterior, esperando a que amaneciera para ir deprisa hacia el sepulcro; como cuando uno es niño y tiene un evento importante el domingo: ¡cuántas ganas de adelantar las manecillas del reloj para que, de una vez, amanezca!

Como sabemos, por otros pasajes del Evangelio (Cifrados en Lucas 8,2 y Marcos 16,9), Jesús había expulsado de María Magdalena siete demonios. Y el Señor dijo en algún momento, a Simón el Fariseo, que **a quien se le da mucho, ama mucho**, mientras que “*aquel al que se le perdona poco, demuestra poco amor...*” (Cfr. Lc 7,47.b)



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Este asunto es muy importante, pues tiene que ver con el problema cristiano, con el verdadero dilema de **nuestra conversión**. ¿Por qué nos ocurre tantas veces, que queremos ser mejores y no lo alcanzamos...? ¿Quién de nosotros podría decir que ama a Jesús lo suficiente, al punto de que no necesita aumentar su amor por Él...?

¿Por qué no logramos el grado de santidad, de amor a Dios y de transformación, que necesitamos alcanzar...? En una conversación entre Jesús y un grupo de sacerdotes y autoridades judías, podría estar quizás la clave de esta cuestión:

Nos cuenta San Mateo, en el Capítulo 21 de su Evangelio, entre los versículos 23 y 32 que, habiendo entrado Jesús al Templo, estaba enseñando, cuando los sumos sacerdotes y autoridades judías se le acercaron para preguntarle con qué autoridad realizaba Él todas las cosas que hacía.

Jesús les contestó con otra pregunta, sobre el bautismo que efectuaba Juan, y los dejó callados... sin capacidad de responderle, pero luego les contó la llamada "*Parábola de los dos hijos*", y al terminarla agregó: "**Les aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán en el Reino de Dios antes que ustedes...**"

Esa sentencia debió haber sido durísima para ellos, que se consideraban "santos".

En otro pasaje del Evangelio, la parábola sobre la oración del fariseo y el publicano (citada en Lucas 18, versículos 9 al 16) podemos profundizar un poco más sobre este tema: El evangelista inicia ese relato diciéndonos: "**Jesús dijo esta parábola por algunos que estaban convencidos de ser justos, y despreciaban a los demás...**"

¿Adónde apuntan estas citas...? ¿Por qué traemos a cuento estos dos pasajes del Evangelio, que parecerían no tener una relación directa con el que releímos el domingo...?

En primer lugar, porque recordándolos, podremos entender mejor por qué fue la Magdalena la primera en ir a buscar a Jesús, y según nos dice San Juan, en los siguientes versículos, también fue la primera en verlo resucitado: A ella se le había perdonado mucho, y Jesús la había liberado de los demonios que la atormentaban. ¡Por eso lo amaba tanto!

En segundo lugar, porque acordándonos de estos pasajes, podremos ayudarnos a profundizar nuestra propia conversión, en la medida en que hagamos el esfuerzo por reconocernos verdaderamente pecadores ante el Señor, y le dirijamos nuestra mirada siempre con humildad, partiendo de nuestra pobre y frágil realidad... "*Misericordia, Señor, por tu bondad... tengo siempre presente mi pecado*" (Sal 51)

Recordando la oración del fariseo y el publicano, veremos que el primero sólo daba gracias porque se consideraba muy bueno, mientras que el otro, recibió la Gracia que viene de lo Alto y se fue "justificado", es decir, sanado, liberado, santificado a su casa, porque se sentía indigno y pedía con humildad la Misericordia de Dios.

La Resurrección de Cristo debe de ser para nosotros, antes que nada, una invitación para renacer a una vida nueva en Él...

El Misterio salvífico de su Pasión y Muerte, que revivimos hace pocos días, adquiere realidad en nuestras vidas, y deja de ser un simple "recordatorio", solamente si nos impulsa, en lo concreto, a cambiar y profundizar nuestra conversión hacia Él, a revisar intensa y exhaustivamente nuestra conducta, nuestros sentimientos y pensamientos, nuestra disposición de ánimo, y re-encaminarlos hacia la Voluntad de Dios.

Porque el cambio es posible sólo a partir del reconocimiento renovado de nuestra fragilidad, de nuestra flaqueza humana, y del Amor, la Misericordia y el Poder infinito de Dios: únicos recursos indispensables para cambiarnos.

Si quiero amar más al Señor, debo recordar en todo momento lo mucho que Él me ama, me da y me perdona. **A quien se le da mucho, ama mucho**, mientras que "**aquel al que se le perdona poco, demuestra poco amor...**" dijo Jesús.

El punto central, entonces, es reconocer cuánto me ama y me perdona Dios, para tener un espíritu humilde y agradecido, deseoso de agradar a su Señor en todo momento, de reparar todas las ofensas, de hacer todo el bien posible, para remediar las culpas del mal que se hizo, o del bien que no se llegó a hacer. ¡Y esto no es tener una conciencia en exceso escrupulosa, o vivir con sentimiento de culpa! Es simplemente reconocerse pecador e imperfecto ante Dios, y pedir su asistencia, a diario, para ser mejor.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Volviendo al pasaje principal que leímos hoy: ¡qué grande habrá sido la sorpresa de la Magdalena, cuando al llegar comprobó con angustia que la piedra que tapaba la entrada al sepulcro del Señor había sido removida! Tan grande fue que, sin esperar un instante, regresó corriendo para avisar a los apóstoles lo que había visto.

Apenas escucharon la noticia, Pedro y Juan a su vez salieron corriendo para ver qué había ocurrido.

Ese correr de ida y de vuelta, esa agitación que no deja respirar, esa desesperación de ella por contar lo que había encontrado, y de ellos por comprobar la noticia transmitida por la Magdalena, refleja el amor que todos ellos sentían por el Maestro, que había estado viviendo en medio de ellos, entregándoles a diario tantas pruebas de su verdadero amor.

Esas carreras deben ayudarnos a impulsar nuestro deseo de encontrarnos con Jesús, que murió y fue sepultado por nosotros, pues con seguridad podremos nosotros también, al igual que los dos Apóstoles, ver la piedra removida, los lienzos y el sudario doblados, y sobre todo, comprobar que la tumba está vacía, que Él no mentía, que todo lo que nos dijo era cierto, que vino enviado por el Padre para enseñarnos el camino hacia el Cielo, y que lo hizo con tanto amor, que entregó su vida sin dudar, para dar testimonio de la Verdad. ¡Y ese es el camino que debemos seguir nosotros entre nuestros hermanos!

Después los judíos dirán que alguien se había robado el cuerpo de Jesús, como nos cuenta el Evangelio; pero pensemos nosotros en esto: ¿qué ladrón, con la prisa y el miedo de ser descubierto, se tomaría el trabajo de quitar y doblar los lienzos y el sudario, y se llevaría el cuerpo completamente desnudo, cuando ya estaría quizá empezando a descomponerse...? ¡Es francamente absurdo!

¡La tumba estaba vacía! Significa que Él está vivo, que ya había vencido a la muerte y que, al vencerla, demostró que es “el Señor”, el amo no sólo de la Vida, sino también de la muerte, y que todo, absolutamente todo, se concentra en Él, pues Él es el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin... El patrón de todo y de todos, pues todo se rinde ante sus pies.

¡Qué importante es recordar el Poder Supremo de Dios! ¡Una autoridad a la que ningún poder terreno puede hacerle sombra! Es importante tenerlo en cuenta, especialmente cuando el mundo nos lleva a pensar con tanta frecuencia que el dominio está en manos de unos pocos hombres, que hacen lo que quieren y obtienen lo que desean... pero todo eso es transitorio, inestable, pasajero...

La victoria final es de Cristo Resucitado, y es una victoria de la cual Él mismo nos permitió participar desde su Encarnación, en el seno purísimo de María... Al hacerse hombre, Jesús se hizo hermano del ser humano, vino a revelarnos los secretos de Dios, pero además, Él mismo nos enseñó a hablarle a su Padre en la oración, a dirigirnos a Él llamándole “Padre nuestro”.

Bautizándonos, Jesús nos concede la adopción de hijos de Dios, muriendo por nuestros pecados nos libra de la perdición, y resucitando nos abre las puertas del Cielo, para que resucitemos un día junto a Él.

La contemplación y la reflexión del Evangelio de este Domingo de Resurrección, nos permitirá mantener fija en nuestras almas, la esperanza de poder participar un día de la Gloria de Cristo en el Cielo.

Desde esta perspectiva, siempre renovada, hasta la muerte cobra otro sentido; y para los cristianos, debe dejar de ser un suceso que llena de dolor, que asusta, que paraliza...

Hagamos pues, que el festejo de esta Pascua, permanezca en nuestros corazones estos cincuenta días, y allí quede grabado para siempre. Recordemos que Aquel que nos llama, nos espera, nos cuida, nos ama con ese amor divino, es Cristo Resucitado, que vino a construir, ya desde esta tierra, el Reino de la Paz, del Amor y de la verdadera unidad, y quiere que le ayudemos a construirlo.

Jesús resucitó cumpliendo su palabra, y “está sentado a la derecha del Padre”. Esto quiere decir, no que está inmóvil y ajeno a nuestra vida diaria, sino que es el Señor de todas las cosas, porque todas las cosas fueron hechas por Él y para Él. Desde esa posición de dominio absoluto, vela por nosotros, escucha y atiende nuestras necesidades y contempla con gozo cada una de nuestras pequeñas mejoras, espirituales y materiales. No está sentado sin hacer nada, sino que participa de nuestra vida diaria.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Teniendo en cuenta esta realidad del Cristo Vivo, y verdaderamente actuante, podremos gozar todos juntos, de una auténtica, efectiva y feliz Pascua de Resurrección, y hacer que la alegría del gozo Pascual nos impulse a vivir una nueva vida, siempre renovada, diariamente construida con la asistencia del Santo Espíritu y la ayuda de María.

En el Pregón Pascual, que escuchamos en la Vigilia del domingo pasado, hay una preciosa y contundente estrofa que, dirigida al Padre, le dice: “¿De qué nos serviría haber nacido, si no hubiéramos sido rescatados? ¡Que asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Que incomparable ternura y Caridad! ¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!”

El amor del Padre fue tan grande que nos “creó a su imagen y semejanza”, no para que malgastemos nuestra vida en la búsqueda del bienestar egoísta; menos aún para autocomplacernos, vanagloriándonos de tener grandes virtudes y hacer buenas cosas, como los fariseos; nos hizo a su imagen para que aprendamos a amar como Ellos, las tres Personas de la Santísima Trinidad, aman: sacrificándolo todo el Uno por los Otros.

Jesucristo, con su Resurrección gloriosa, nos ha abierto las puertas del Paraíso, y para poder entrar por ellas, tendremos que esforzarnos en adquirir mucha humildad, mucha obediencia, un gran espíritu de sacrificio y una permanente búsqueda de la santidad.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Qué significa para mí, de manera muy personal, la Resurrección del Señor...? ¿En qué aspectos de mi vida debe llevarme a cambiar la realidad de un Cristo Vivo, que me ama con amor infinito?
- b) ¿Tengo realmente, en este momento, el impulso para vivir esta Pascua e iniciar una nueva vida en Cristo? ¿Qué me faltaría para hacerlo?
- c) Más allá de lo que me dicen las Escrituras, en mi vida concreta, ¿qué es lo que me lleva a creer que Jesús está vivo?
- d) ¿Qué aprendí con esta catequesis hasta el momento? ¿Qué me llevo de aquí?
- e) ¿Cómo podré compartir con mis hermanos (con mi familia, vecinos y amigos) el gozo de esta “Pascua”? ¿Cómo podré comunicarles el sentido de ese tránsito, de ese paso de la muerte a la vida, del hombre viejo al hombre nuevo, renacido en Cristo?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus comentarios. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica

656 La fe en la Resurrección tiene por objeto un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado (certificado) por los discípulos, que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente trascendente, en lo que se refiere a la entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios.

657 El sepulcro vacío y las vendas en el suelo significan por sí mismas que el cuerpo de Cristo “ha escapado”, por el poder de Dios, de las ataduras de la muerte y de la corrupción. Estos signos visibles preparan a los discípulos para su encuentro con el Resucitado.

640 “¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado” (Lc 24,5-6). En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro podría explicarse de otro modo (como sugieren los judíos, diciendo que alguien se robó el cadáver de Jesús).

A pesar de eso, el sepulcro vacío ha constituido para todos, un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar, de las santas mujeres (María Magdalena, Juana y María, la de Santiago, entre otras), después de Pedro.

“El discípulo que Jesús amaba” (Juan) afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir “las vendas en el suelo” “vio y creyó” (Cfr. Jn 20,8). Eso supone que comprobó, en el estado del sepulcro vacío, que la ausencia del cuerpo de Jesús no había podido ser obra humana, y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal, como había sido el caso de Lázaro (Cfr. Jn 11,44).

849 El mandato misionero. “La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser ‘sacramento universal de salvación’, por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador, se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres”: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mt 28,19-20).



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-115 ¡Viví haciendo el bien, morí blasfemado! Resucité glorioso y esperé para esto el tercer día, a fin de que Me creyesen verdaderamente muerto y realmente resucitado.

7.- Virtud del mes de abril: La Castidad (Catecismo, cánones: 922-1632-1832-2337 al 2346)

Esta Semana veremos el canon 1832, que dice lo siguiente:

1832 Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: "caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad" (Gal 5,22-23, vulg.).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM-76 La primera y más esencial virtud es el Amor. Donde él reina florecen todas las otras virtudes, porque de él esperan alimento continuo la castidad, humildad, fortaleza, justicia, etc.

Sería bueno cultivar la planta más grande para tener las otras pequeñas plantas. En cambio, cultivar las pequeñas y olvidar la grande es un error craso.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Trataré de reflejar en mi casa y en mi comunidad mi alegría y mi fe por la Resurrección de mi Señor. Compartiré, con alguna persona que tenga disposición y espíritu reflexivo, mis meditaciones acerca del misterio de la Pascua.

- **Con la virtud del mes:** Haré el ejercicio de tener, en mi mente y en mis actos, a Jesús presente todo el tiempo, para poder transmitir en mi familia el amor de Dios.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*

¡Feliz Pascua de Resurrección!